

Ignacio T. MONZALVO

¿Qué es y Como se Vive el Ecumenismo?

El tema del ecumenismo se ha tratado desde diferentes espacios de la Iglesia. En la mayoría de los casos se hace alusión a la convivencia con otras personas que no comparten nuestra misma forma de ser Iglesia.

Nuestros tiempos nos demandan como Iglesia una participación más activa con la finalidad de desenmascarar la idolatría que se esconde en los sistemas que impiden al ser humano ser pleno, libre y salvo.

Desde la tradición cristiana el ecumenismo no puede ser un tema olvidado o ignorado pues el hacer esto iría en contra de la fundamental enseñanza y misión de Jesucristo: la liberación y salvación del ser humano.

Para abordarlo, interculturalidad, dialogo interreligioso y memoria histórica son elementos permanentes en el ecumenismo. Conocerlos nos permitirá vivirlo con la finalidad de habitar la casa común para una vida digna de todas y todos.

¿Qué es el Ecumenismo?

La palabra ecumenismo tiene su origen en la lengua griega. ΟΙΚΟΥΜΕΝΕ (*oikouméne*) que significa: Tierra u Orbe. Los cristianos del S. I. le dieron una connotación diferente al utilizar esta palabra para referirse a la convivencia en el mundo habitado que en la corriente helenista tenía connotaciones políticas e imperiales.

Para Helio GALLARDO el ecumenismo resulta ser un término común en cuanto a asociar la universalidad de la trascendencia de la Iglesia en el ámbito de la convivencia digna y humana.

El ecumenismo se presenta como la posibilidad de contribuir al cuidado de la casa de todos considerando las dimensiones políticas, económicas, culturales y religiosas de nuestro momento histórico a partir de nuestra fe en Cristo.

Jesucristo deja a sus discípulos la misión de ir y propagar su palabra haciendo discípulos (Mt. 28,16–20; Mc. 16,14–18; Lc. 24,36–49; Jn. 20,19–23). Para ellos el mandato se concreta en el mundo habitado. Es aquí donde tienen que hacer discípulos para que aprendan y guarden la enseñanza del Cristo.

Jesucristo no funda una Iglesia, nos da la posibilidad de ser cristianos en un mundo en el que la liberación y la salvación se hacen elementos fundamentales de nuestra sociedad.



En Jesucristo la dimensión de la salvación social no está divorciada de la salvación espiritual. Llevar consuelo a los desprotegidos, acompañar a los marginados y sentarse con los pobres era su ministerio. Jesucristo tenía una misión que ahora compartimos como Iglesia: *El Reino de Dios y la liberación y salvación*.

La primera apela a la instauración de un reinado de Dios mediante la justicia, dignificación y búsqueda de la verdad (Lc. 4,43; Lc. 8,1). Como parte de su tradición cultural y conciente de la trascendencia histórica, Jesucristo apela a su misión mesiánica y la conecta con el sufrimiento de un pueblo que está clamando por la liberación (Lc. 4,18).

La segunda nos refiere a la dignidad rescatada del ser humano para salvación. A Jesucristo no le importaba si eran judíos, romanos o de cualquier otra nacionalidad, origen y creencia. Un centurión se acerca a Jesucristo con la finalidad de pedir sanidad para su siervo (Mt. 8,5–13; Lc. 7,1–10).

Ahí estaba conquistador y conquistado, opresor y oprimido en todas las dimensiones sociales. Las diferencias eran grandes, provenían de culturas y religiones desiguales, y, por lo tanto, de cosmovisiones, usos y costumbres diferentes.

Jesucristo trasciende a esas diferencias y sistematiza la salvación en la fe. La necesidad de creer que Jesucristo puede sanar, salvar y liberar nuestra vida es la verdadera Iglesia Cristiana. Cuando Jesucristo escuchó lo que el centurión tenía que decirle Él responde:

“De cierto os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe. Os digo que vendrán muchos de oriente y de occidente, y se sentaran con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos” (Mt. 8,10b–11).

Para Jesucristo la importancia de traer el Reino de Dios está por encima de las diferencias que se pudieran presentar entre las mujeres y hombres de su tiempo. Sin duda alguna el centurión ahora tendría otra perspectiva de la vida y de la opresión.

No sabemos que pasó con él, pero sin duda Jesucristo cambió su vida. De manera que la dimensión real de la salvación, la liberación e instauración del Reino está definida por la fe en un momento histórico específico y concreto y su interacción social.

Hoy se hace necesario que nos preguntemos si nuestra fe está lo suficientemente fundada en Jesucristo como para ignorar las diferencias y ser actores de cambio social. Frente este panorama surge la necesaria pregunta: ¿Qué es lo que hay que rechazar que impide la plenitud de la humanidad?

La respuesta se presenta casi obvia: Es necesario rechazar lo que impide al ser humano ser pleno. Es indispensable que levantemos nuestra voz en contra de los sistemas que nos oprimen.

Es necesario que asumamos nuestra responsabilidad social frente a las injusticias de nuestros tiempos. No podemos permitir que se pisotee la vida de otros seres humanos en nombre de la modernidad, tecnología o religión.

El ecumenismo no se presenta como una traición a nuestra fe cristiana, muy por el contrario, se presenta como la posibilidad de vivir y practicar nuestra fe en toda su dimensión y con toda su posibilidad de ser, sentirnos y sabernos Iglesia Cristiana y en el camino podremos encontrar hermanas y hermanos, que como el centurión creen y tienen nuestra misma fe.

Interculturalidad y Ecumenismo: La Necesidad de una Fe Cristocéntrica

Hablamos de interculturalidad cuando dos o más culturas interactúan socialmente con un fin determinado y sin la posibilidad de que se vea amenazada su cultura. De manera que la interculturalidad defiende la diversidad cultural y la necesidad y/o derechos de cada pueblo a tener su cultura.

En la cultura podemos encontrar nuestros fundamentos de legitimidad y ética funcional con la sociedad. Las normas de usos y costumbres definen nuestra manera de actuar y trascender nuestro espacio a uno más amplio.

La interculturalidad o, mejor dicho, la práctica de la cultura desde el contexto y las exigencias reales de la sociedad en su dialogo con otras culturas, se presenta como la gran oportunidad para que la Iglesia logre una verdadera universalidad.

La universalidad de la Iglesia está definida por la práctica liberadora de sus miembros y la medida en que cada uno de estos se asuma socialmente en sus espacios productivos con identidad cristiana.

El ecumenismo y la interculturalidad, entonces, no se presentan como una alternativa religiosa o eclesial. Por el contrario se complementan con la finalidad de afirmar nuestra fe y cultura en la diversidad de espacios sociales.

El proceso de globalización neoliberal que el mundo entero esta experimentando ha obligado a millones de seres humanos a emigrar de sus lugares de origen, teniendo como consecuencia que las y los personas tengan que interactuar con otras personas de diferentes culturas.

Hoy resulta común ver que conviven africanos, guatemaltecos, nicaragüenses, argentinos, chilenos, mexicanos, chinos, japoneses y muchas otras nacionalidades con culturas diferentes. Sin embargo, está no es la única interacción pluricultural que encontramos.

Nosotros mismos tenemos toda una serie de influencias culturales que determinan nuestra identidad. Apellido materno y paterno ya implican dos identidades diferentes. Nacionalidad, Estado natal, ciudad, pueblo, comunidad son elementos que rigen en buena medida nuestro origen cultural.

Y en sentido inverso, no sólo somos mexicanos, también somos latinoamericanos, americanos y ciudadanos del mundo. El ser cristiano ya implica toda una historia de más de 2000 años que norman nuestro actuar en el terreno de lo religioso y ético.

Por ejemplo: En el caso de un individuo protestante presbiteriano su origen de elección religiosa se determina primero por toda una tradición al interior de la Iglesia Católica Romana hasta el siglo XVI en que Martín LUTERO inicia el movimiento de la Reforma Protestante en Alemania y posteriormente con Juan CALVINO que se considera el fundador de la Iglesia Calvinista, misma de la cual surge la Iglesia Presbiteriana y que posteriormente llega a México con los misioneros norteamericanos.

Por otra parte nuestra elección profesional es también determinante en la formación de nuestra identidad; arquitectos, abogados, médicos, plomeros, carpinteros, vendedores ambulantes y todo un universo de elecciones nutren nuestra cultura, identidad, manera de vivir y convivir con nuestros vecinos, compañeros de trabajo, amigas y amigos. Cada uno con su universo de identidad y cultura definido.

De manera que ecumenismo e interculturalidad se entrelazan con la posibilidad que desde nuestro espacio y universo definido podamos dar testimonio de una fe cristiana que se determina y reconoce por una fe cristocéntrica al servicio de una sociedad que clama por la defensa de nuestras tradiciones y culturas en un espacio común que se llama país, estado, municipio, pueblo, colonia, barrio.

La interculturalidad en paralelo con el ecumenismo nos permite reflexionar en los elementos que son liberadores e inclusivos social y culturalmente desde una perspectiva cristiana ecuménica.

Tener una visión social y cultural ecuménica nos permite discernir nuestros tiempos con la finalidad de desenmascarar la opresión y buscar una paz social que dignifique a los niños, mujeres, indígenas y otros grupos que por años los hemos mantenido en el olvido.

Ante semejante reto es necesario reflexionar en torno a la Iglesia Universal. *La dimensión eclesial en la participación y reflexión social debe ser una voz profética que se haga escuchar en todos los niveles.*

Si la Iglesia quiere asumir su papel profético y trascender en la historia para hacer de ella una historia de salvación es necesario considerar el dialogar con otras confesiones con la finalidad de encontrar puntos asimétricos y proyectar un frente común ecuménico.

Dialogo Interreligioso y Ecumenismo

El diálogo interreligioso se presenta en nuestro momento histórico como un medio por el cual podemos hacer escuchar la voz de las marginadas y oprimidas, y los marginados y primados desde nuestra fe. Nuestra elección religiosa, como mencionamos anteriormente, está determinada por todo un universo cultural y de opciones personales.

La Iglesia como institución social se ve representada por una serie de elecciones que hacemos en relación a nuestra fe y la manera en que vivimos ésta. De manera que si hemos decidido ser miembros de la Iglesia Católica Romana (por ejemplo) es porque han influido dos factores: *historia y elección.*

Historia

La historia en la dimensión de nuestro recorrido cultural y en la determinación de nuestra manera de ser y actuar. La elección; en nuestra asimilación de la responsabilidad social desde la fe en nuestro contexto histórico.

Crear en Cristo como salvador es el fundamento de nuestra fe, la manera en que liturgia y doctrina se presenten en nuestro momento definido debe estar ligada a la dimensión de nuestra convicción de la existencia de Dios.

Si la fe, reflexión y la acción están fundamentadas en la enseñanza y misión de Jesucristo y en la existencia de Dios como criterio de verdad con la finalidad de servir a los que menos tienen, a las marginadas y oprimidas, y a los marginados y oprimidos, entonces se hace necesario y fundamental abrimos al dialogo con quienes comparten el mismo principio de acción y fe para acompañar y solidarizarnos con los pobres.

No basta que la Iglesia tenga que preocuparse por entender su contexto utilizando los recursos exegéticos, históricos y conceptuales que son propios de la labor teológica, es necesario que al interior de nuestra realidad reconozcamos la necesidad de sabernos como una única Iglesia y que desde la diferencia religiosa podamos abrir nuevos horizontes al mundo, a la humanidad, que espera que desde la trinchera de la fe ofrezcamos una alternativa que tenga como fin la libertad del ser humano por medio de la liberación y salvación.

Elección

Hablar de *elección* en nuestra opción eclesial tiene diversas dimensiones. Esta se define por la unidad y la inclusión social. Hemos decidido creer en Jesucristo bajo ciertos criterios que creemos verdaderos y en consecuencia nos congregamos los que hemos decidido creer de la misma manera y bajo los mismos criterios de fe.

Al interior de tres grandes religiones del mundo Cristianismo, Judaísmo e Islamismo existen diversas corrientes eclesiales con características similares pero con sus particularidades en las que los fieles se reconocen como parte de la respectiva religión en una corriente determinada.

Decir que la religión es pura sociología sería limitado e incorrecto, sin embargo, desconocer ésta dimensión sería igualmente erróneo. La religión debe verse como una institución social en la que sus fieles son sujetos actuantes en los espacios de producción y reproducción de la vida, sistema y fe.

Desde la práctica eclesial cristiana una norma de fe es el prójimo. Reconocerlo como nuestro prójimo sin ver etiquetas religiosas, políticas, económicas es el llamado supremo de Jesucristo a fortalecer una Iglesia que no está definida por instituciones.

Al hablar de dialogo interreligioso nos introducimos a la sociología de la religión como elemento normativo, pero igualmente se apela a la experiencia histórica y trascendente. Es necesario hacer referencia a que la Iglesia sea cual sea su credo o denominación es una estructura social que está normada por la fe y la sociedad.

Es el compromiso con el ser humano en que encontramos el sentido salvífico de la fe cristocéntrica. Sin duda estar comprometido con Dios es estarlo con el ser humano. Desde esta visión el dialogo interreligioso y el ecumenismo nos presentan la misma opción pero desde dos perspectivas diferentes.

Por un lado el ecumenismo se presenta como un llamado social a la reflexión y acción desde nuestra fe para habitar en armonía la casa común. En tanto, el dialogo interreligioso es el llamado eclesial insertado en la sociedad para asumir el reto de trascender nuestra opción e historia eclesial en armonía con otras perspectivas de una fe.

Pensar el ecumenismo como un nuevo horizonte de práctica eclesial es sin duda una respuesta factible a los tiempos que vivimos en donde la interculturalidad, elección, dialogo en la dimensión trascendente puede hacer de la política, economía y cultura una alternativa de inclusión y defensa de la dignidad por las y los mas pobres de nuestras sociedades.